

Un Laurel para un Témpano

* * *

PARIS, (2 Dic.) — Es el tiempo de los premios: el Fémina, el Goncourt, el de la novela policial, el de los libros de viajes, el del disco. Hay dimes y diretes. Mientras un laureado rechaza la recompensa porque no está de acuerdo con los términos del fallo, otro proclama que su elección es justa. En el Museo de Arte Moderno acaban de darle al pintor inglés Ben Nicholson el Premio Guggenheim, suculento galardón norteamericano para un concurso internacional. Aquí también hay discordias. Sin embargo, uno puede formarse su propia opinión, porque los cuadros están a la vista y en apenas una hora, a la manera de un jurado, es posible emitir un dictamen personal. El cronista ha hecho, este domingo brumoso y, no obstante, encantador, su paseo por el Palacio de Bellas Artes con el fin de formarse un juicio en torno al certamen mencionado.

Primera impresión: ¡qué fría es la pintura actual! No se trata de los colores o las formas, que son cálidos y jugosas respectivamente, sino del terrible cerebralismo que preside la creación. Desde el Japón hasta Colombia, desde Africa hasta los Balkanes, los artistas ponen en sus telas, antes que nada, la más implacable vigilancia racional. Segunda impresión: los abstractos en retirada. No hay pocos, ¡qué va! Lo que pasa es que ya no se distinguen las personalidades, pues todos son semejantes. El cuadro premiado, que sugiere una representación, escamotea la pura abstracción, la elude con un quite elegante. Tercera impresión: ¡qué caos! Hay aquí, en casi cien telas de pintores consagrados de todo el mundo, una misma confusión, una misma superficialidad, una misma soberbia. Y poca pintura...

Más salas. Nada de lo que envió Grecia. De los italianos, Guttusso, quien intenta conjugar el realismo con el expresionismo, al lado del cual sus paisanos se debaten en la red del cromatismo puro, violento, meridional. Poco de interesante en la contribución japonesa y menos en la de los Países Bajos, Polonia, Suiza e Inglaterra, excepto en ésta Nicholson, a quien hay que reconocerle lirismo y poder comunicativo. Los norteamericanos pecan de románticos sin fe. Entre los yugoeslavos tampoco hay nada notable, a no ser un surrealista que resulta en perspectiva histórica, tan viejas nos parecen las teorías respectivas. Y aquí está Hartung el dios tutelar, modesto éntre tanta cosa parecida a la suya.

Por último, los latinoamericanos: Tamayo con su gran intensidad poética, Matta con sus alimañas oníricas, Pettoruti con sus composiciones glaciales, Carreño refugiado en un simplismo indigno de su talento. Y hemos acabado. En la sala hay calefacción —el museo es estupendo como local y organización—, pero siento frío. ¿Acaso no están colgados de las paredes "icebergs" procedentes de todos los meridianos y los paralelos del globo? ¿Acaso aquí no hay un témpano que ha recibido un prestigioso laurel artístico? Mejor salgo. París está bajo la niebla, pero la gente camina con mucha sangre en las venas, con un corazón en el pecho y con una vida tan plena que se escucha transcurrir aunque uno esté solo y espere.

Sebastián Salazar Bondy